

Santo Toribio de Mogrovejo

Modelo de Santidad



Año Jubilar Toribiano
1606 - 2006

"Sean santos...
porque Yo,
el Señor,
soy santo"
(Levítico 19, 2)

"Sean perfectos
como es perfecto
vuestro Padre
del cielo"
(Mateo 5, 48)

Tema 2 EL SANTO

La santidad de vida es la vocación del cristiano. De ahí la importancia de responder con fidelidad al llamado de Jesús: *Sean perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto (Mateo 5, 48)*. Por esto, la Santa Iglesia reunida en el Concilio Vaticano II proclamó: *"Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. (Lumen Gentium nº 40; Ver lug. cit. Nº 11)*. Los santos de ayer como los de hoy son *Cristo presente entre los hombres (San Josemaría Escrivá de Balaguer)*, es decir, los santos son hombres y mujeres que hacen presente con su vida a Jesús, de quien recibieron la gracia bautismal y crismal; en este sentido, la vida de Santo Toribio de Mogrovejo surge ante nosotros como un paradigma, porque a través de ella podemos seguir el itinerario de Cristo, el hombre perfecto, cuya excelsa santidad nos conduce al mismo misterio de Dios: *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan 14, 9)*.

RECHAZO DEL MAL Y PURIFICACIÓN INTERIOR

El cristiano ha de saberse objeto de una elección que le exige romper con el pecado y vivir de acuerdo con la ley de Dios. Toribio, desde su niñez y juventud, nos da muestra de esa generosa respuesta a la gracia de Cristo. Cuenta Mariana de Guzmán Quiñones, sobrina del Santo, *que, siendo el Siervo de Dios de 9 a 10 años, salió a jugar con sus amigos, éstos al ver unas vendedoras con canastas de comida, arremetieron contra ellas, de modo que, en su rudo juego, hicieron que perdieran todo lo que tenían. Las mujeres muy indignadas comenzaron a maldecir, escandalizando a Toribio, el cual ni corto ni perezoso, las reprendió y les rogó que cesasen en sus imprecaciones, pues estaban ofendiendo a Dios; que valorasen las pérdidas, que él iría a su casa por dinero que resarciría todo lo malogrado por sus compañeros. Uno de sus amigos, don Diego de Zúñiga, atestiguó lo siguiente: Su capellán Diego Morales afirmaba que (Toribio) desde sus tiernos años consagró a Dios su virginidad, la misma que defendió con energía cuando fue puesta a prueba por unos estudiantes. Que en su largo tiempo de universitario, continuó en él la costumbre de dar limosna que ya tenía desde niño, y que*

acostumbraba contentarse con pan y agua en el desayuno y la cena. También que una testigo de Villaquejido, donde Toribio solía ir en las vacaciones, dijo: que era tan buen mozo y tan buen cristiano como no lo vio en su vida.

El mismo Diego Morales, secretario personal del santo Arzobispo, declaró que *siempre andaba cuidando de la honra de Dios y que en nada fuese ofendido, y sentía sumamente cuando oía jurar a alguna persona y le reprendía y decía no juréis, vuestra palabra sea sí sí, no no, no ofendáis a tan gran Señor; y muy ordinariamente decía: reventar y no hacer un pecado venial; y así este testigo nunca jamás le vio ni oyó pecado mortal ni venial, ni imperfección chica ni grande, todo era dado a Dios y embebido en él.*

EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

Desde el momento en que aceptó el ministerio episcopal de Arzobispo de Lima, Toribio de Mogrovejo tuvo muy en cuenta que su nueva condición de obispo, lejos de llenarlo de orgullo y vanidad, comprometería la totalidad de su persona, así lo demostró escribiendo al Papa Gregorio XIII: *Si bien es un peso que supera mis fuerzas, temible aun para los ángeles, y a pesar de verme indigno de tan alto cargo, no he diferido más el aceptarlo, confiado en el Señor y arrojando en él todas mis inquietudes.* El Arzobispo Mogrovejo fue, desde un comienzo, muy consciente de que el ministerio pastoral sólo tendría sentido viviéndolo en santidad y promoviendo la santidad; fue su pastoral una *evangelización para la santidad.* (Ver: Cardenal Juan Luis Cipriani Thorne, Arzobispo de Lima y Primado del Perú. *Homilía Misa de Inauguración IV Centenario. 17 de mayo de 2005.*)

Santo Toribio encarnó la figura ideal del obispo, y así lo afirmaron muchos que lo conocieron de cerca: *Se le veía siempre con un rostro risueño y alegre, y que con ser hombre de edad, parecía un mozo en su agilidad y color de rostro. De su presencia apacible fluía con autoridad un espíritu bueno, pues no parecía hombre humano, parecía una cosa divina, de manera que, era un “sermón solamente el verle”. Muy afable, muy cortés, muy tratable, no solo con la gente española, sino con los indios y negros, sin que haya persona que pueda decir que le dijese palabra injuriosa ni descompuesta.*

El santo Arzobispo de Lima se esmeró en reflejar a Jesús, Siervo de Dios, en el ejercicio de su ministerio pastoral, tratando de ser como Él, cercano a todos, desde el más grande al más pequeño. Se esforzó en adoptar y vivir la *kénosis* de Cristo, siervo, pobre y humilde, configurándose con Cristo en la participación de sus sufrimientos, como camino real de santidad en medio de su pueblo. Un testigo cuenta *que habiendo llegado el Prelado muy temprano a un poblado, después de un fatigoso y penoso viaje, como siempre, se dirigió a la iglesia a hacer oración, después predicó a los indios en la Misa y estuvo confirmando hasta las dos de la tarde. Cuando se sentó a comer eran ya las tres, y se le ocurrió preguntar al padre doctrinero si faltaba alguno por confirmar. Tras algunas evasivas, el Arzobispo le exigió la verdad y el padre le dijo que faltaba un indio que estaba enfermo y que vivía algo lejos del poblado. El arzobispo se levantó de la mesa y fue donde el indio a quien animó y confirmó con toda solemnidad, como si hubiese un millón de personas.*

EL TIEMPO ES CORTO

La vida interior define la calidad e intensidad de la vida espiritual de una persona. Sobre Santo Toribio se decía que vivía en perpetua y continua oración y meditación. Sus pláticas no eran otra cosa sino hablar de Dios y de su amor.

Verle rezar era un verdadero sermón, era la mejor predicación sobre la majestad de Dios, de su bondad y de su hermosura. El Padre Mauricio Rodríguez atestiguó: *Para lo mucho que trabajaba y lo poco que comía y la mortificación de su cuerpo, se veía cosa milagrosa cómo podía vivir y andar tan alentado y ágil por caminos y punas y temples rigurosos; pareció que nuestro Señor le sustentaba para bien de su Iglesia y amparo de los pobres.*

Toribio de Mogrovejo, consciente del don recibido en su Ordenación episcopal, cooperó con su valiente y abnegado amor pastoral a su propia santidad y a la de sus fieles cristianos; tenía clavado en el corazón que cuando uno se propone buscar a Dios, encontrarle, seguirle y amarle, como dice el Apóstol San Pablo, el tiempo es corto (*Ver 1 Corintios 7, 29*). Cuentan de él que *una vez, queriendo llegar a Taquilopón, debía atravesar el río Santa, que estaba en crecida impetuosa. Hubo que tender un cable de lado a lado, bien tenso entre dos postes, y atado el cuerpo del arzobispo con unas cuerdas, y suspendido así del cable, fueron tirando de él desde la orilla contraria, con el*

estruendo vertiginoso del potente río a sus pies. Y una vez cumplida su misión pastoral, con visita y muchas confirmaciones, otra vez la misma operación a la inversa.

Santo Toribio, *nuestro padre santo*, como lo llamaban cariñosamente los indios, que lloraban cuando él se despedía de ellos bendiciéndolos, es, para nuestra Patria y toda la Iglesia, el Obispo iluminado por la luz de la Trinidad, el signo de la bondad misericordiosa del Padre, la imagen viva de la caridad del Hijo, el hombre transparente del Espíritu, consagrado y enviado para conducir al Pueblo de Dios que en el tiempo peregrina hacia la eternidad (*Ver: Exhortación Pastoral Pastores gregis n° 12*). Es el cristiano que no buscó su propia felicidad, sino que, alcanzado por la luz de Cristo, entregó su vida en servicio de los demás, indicándonos de este modo la vía para ser felices y ser personas verdaderamente humanas. (*Benedicto XVI, Homilía a los jóvenes, XX Jornada Mundial de la Juventud. 20 de agosto 2005*).

PERÚ, TIERRA DE SANTOS



Santos

Toribio Alfonso de Mogrovejo. 1538-1606

Rosa de Santa María. 1586-1617

Martín de Porres. 1579-1639

Francisco Solano. 1549-1610

Juan Macías. 1585-1645

Beatos

Sor Ana de los Ángeles. 1602-1686

P. Luis Tezza, OSCam. 1841-1923

P. José de Calasanz, SDB. 1872-1936

Narcisca de Jesús. 1833-1869

Ascensión Goñi. 1868-1940

Siervos de Dios

Fray Diego de Ortiz, OSA. 1532-1571

Luis López de Solís, OSA. 1535-1606

Gundisalvo (Fray Gonzalvo) Díaz de Amarante, OM. 1540-1618

Diego Martínez, SI. 1542-1626

Juan Sebastián de la Parra, SI. 1550-1622

Pedro Urraca, OM. 1583-1657

Juan de Alloza, SI. 1597-1666

Francisco del Castillo, SI. 1615-1673

Nicolás de Dios Ayllón. 1618

Francisco Camacho, OH. 1629-1698

Luisa de La Torre, Beatita de Humay. 1819-1869

Rafaela de la Pasión Veintemilla. 1836-1918

Pío Sarobe Otaño, OFM. 1855-1910

Teresa de la Cruz Candamo. 1875-1953

Octavio Ortiz Arrieta, SDB. 1879-1958

Melchora Saravia Tasayco, la Melchorita. 1895-1951

Martín Fulgencio Elorza Legaristi, CP. 1899-1966

Emilio Lissón Chávez, CM. 1872-1961

Mártires de 1991: P. Miguel Tomazek, OFM Conv; P. Zbigniew Strzalkowski, OFM Conv y Pbro. Sandro Dordi.

(*Ver: José Antonio Benito: Peruanos ejemplares. Lima 2005*)

SU IMPRESIONANTE HORARIO COTIDIANO

Consciente de que la primera reforma era la propia, se somete a un estricto régimen de vida, de obediencia fiel a su horario.

▶ Se levantaba a las seis de la mañana, sin que a vestirle y calzarle asistiesen mozos o ministros de cámara porque su honestidad no se sujetó jamás a estilos de palacio, ni circunstancias de grandeza.

▶ Decía sus devociones primero, y después en su humilde aposento, rezaba las Horas canónicas. Satisfecha esta obligación, bajaba por camino reservado de la casa arzobispal a la Catedral, donde celebraba la Misa, “con tanta devoción y ternura, como pide aquel divino misterio”.

▶ Acabado el santo Sacrificio discurría por todo el templo y sacristía, haciendo de rodillas oración en cada uno de sus altares. Hechas estas piadosas visitas se volvía alegre a su palacio, sin permitir que ningún ministro de la Iglesia le acompañase, y entrando en su oratorio, puesto de rodillas, empleaba dos horas en oración mental. Después concedía audiencia a cuantos lo solicitaban; si no las había, pasaba a la biblioteca a estudiar el Derecho Canónico o a embeberse de la lectura espiritual. No perdía hora de su estudio y revolver de libros los cuales tenía marginados y glosados y en especial el Concilio de Trento que no le dejaba de las manos y así lo sabía casi todo de memoria.

▶ Al anochecer, se recogía a su oratorio, donde hasta las ocho, “se suspendía en contemplaciones celestiales de la divina bondad”.

▶ Después salía fuera, y junto con sus capellanes rezaba con atenta y devota pausa y reverencia, a coros, los Maitines. Acabado el Oficio se iba a cenar, y abreviando su cena con una ligera colación de pan y agua, volvía a su cuarto, en el cual, decía el oficio parvo de Nuestra Señora, el de los Difuntos y otras devociones particulares. (Ver: Cardenal Juan Luis Cipriani Thorne, Arzobispo de Lima y Primado del Perú. *Homilía Misa de Inauguración IV Centenario. 17 de mayo de 2005*).



Visite nuestro portal, para mayor información sobre Santo Toribio de Mogrovejo:

www.arzobispadodelima.org

Puede comunicarse con nosotros en el siguiente correo electrónico:
remarmaradentro@gmail.com



ARQUIDIÓCESIS DE LIMA

GRAN MISIÓN
remarmaradentro
ARQUIDIÓCESIS DE LIMA

